



F
980.02092
-L471u

405226

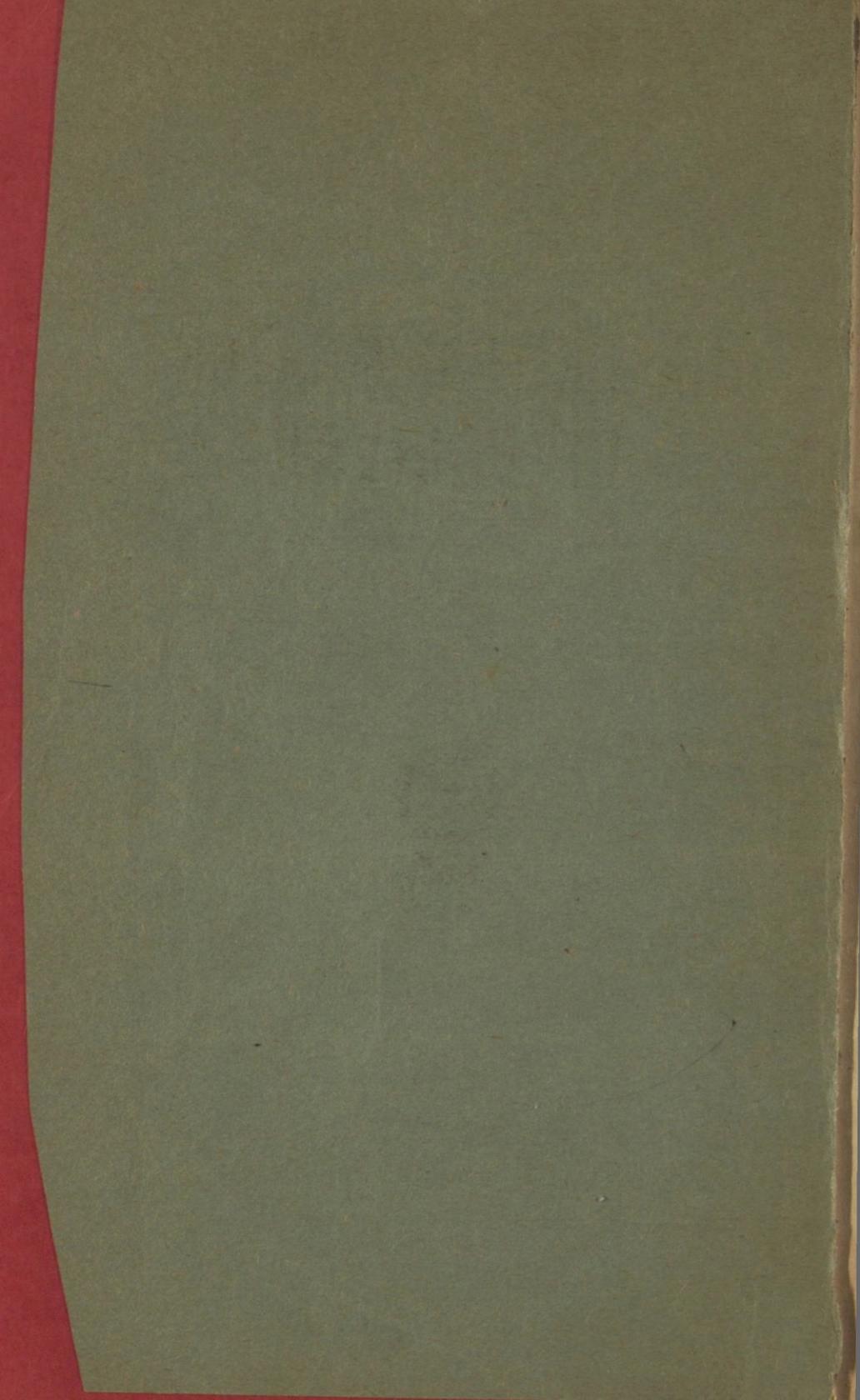
VICENTE LECUNA

UN CRITICO MILITAR DE BOLIVAR

Los principios del arte de la guerra. — La batalla de
Araure. — La conquista de Guayana.



CARACAS
LITO-TIPOGRAFIA MERCANTIL
1922



LF 0050

980.02092
L 4710

VICENTE LECUNA

UN CRITICO MILITAR DE BOLIVAR

Los principios del arte de la guerra. — La batalla de
Araure. — La conquista de Guayana.



CARACAS
LITO-TIPOGRAFIA MERCANTIL
1922

CBA 9458

DEPARTMENT OF THE ARMY
OFFICE OF THE ADJUTANT GENERAL
WASHINGTON, D. C.



UN CRITICO MILITAR DE BOLIVAR

Cuando la Prusia de Federico II venció en la guerra de siete años a las tres primeras potencias continentales de Europa—Francia, Austria y Rusia—se generalizó la creencia de que el Rey prusiano había inventado un orden de batalla, causa principal del triunfo de sus armas. La nueva teoría, llamada del orden oblicuo, la explicaron multitud de autores, pero entre todos sobresalió por su fé y entusiasmo el célebre francés Guibert. Acerca de esta materia, Bonaparte ha hecho una crítica magistral en su "*Precis des Guerres de Frederic II*", y de ella tomamos algunos conceptos suficientes al objeto que nos proponemos. "¿Qué es el orden oblicuo?—pregunta Napoleón.—Sus partidarios varían; según unos, este orden consiste en las maniobras que hace un ejército para reforzar la derecha, centro o izquierda de su línea, o para rodear al enemigo por la espalda . . . en este caso Ciro maniobró en orden oblicuo en la batalla de Timbrea, y los galos en la del Sambre contra César; también hicieron maniobras análogas el Mariscal de Luxemburgo en Flerus, Marlborough en Hoshstet, Eugenio en Ramillies y Turín y Carlos XII en Pultawa. Casi no hay batalla antigua o moderna en que el ofensor no haya reforzado sus columnas de ataque . . . si Federico hubiera imaginado esta maniobra habría inventado la guerra, por desgracia tan antigua como el mundo".

“Otros dicen que el orden oblicuo era la maniobra que el Rey hacía ejecutar en las paradas de Potsdam. . . por la cual un ejército se hallaba de repente sobre una de las alas del adversario sin que éste viniera a advertirlo sino cuando no había tiempo de socorrerla”. Pero Napoleón demuestra que esta maniobra es absurda, puesto que obliga a faltar a dos principios que no se violan impunemente: “No hagáis marcha de flanco delante de un ejército en posición; conservad cuidadosamente vuestra línea de operaciones, y no la abandonéis de grado”.

“Muchos militares franceses,—dice Bonaparte—apasionados por el orden oblicuo, entre ellos Guibert, han ido en su ilusión hasta pretender que los destacamentos del Príncipe Fernando lanzados sobre los flancos del ejército francés en la campaña de Westfalia en 1758 son corolarios brillantes del orden oblicuo. Estos autores olvidan una de las reglas del arte: *no dejéis entre los diversos cuerpos de vuestra línea de batalla ningún intervalo por donde el enemigo pueda penetrar*. La violación de este principio no produjo un desastre porque el Conde de Clermont mandaba a los franceses. (1)”.

En el período de la guerra de los siete años a la revolución francesa alcanzaron tal prestigio las nuevas teorías, que al campo de instrucción del rey de Prusia acudían militares de toda Europa a estudiar las maravillosas evoluciones, y “el viejo Federico, continúa Napoleón, se sonreía bajo su capa, en las paradas de Potsdam, ante la simpleza de los jóvenes oficiales franceses, ingleses y austriacos respecto a la maniobra del orden oblicuo, sólo útil para hacer la reputación de sargentos mayores”. (2).

Federico II sabía muy bien que sus victorias se debían a la superioridad moral del ejército prusiano, a la desunión de los aliados y al propio dominio del arte de la guerra; nadie pues, más incrédulo de las teorías de Guibert, y cuando el famoso táctico se le presentó “co-

(1). Memoires de Napoleon, 915 a 918. Ch. Liskenne, París, 1862.

(2). Memoires de Napoleon, 918.

mo el sacerdote que se acerca al ídolo con las manos llenas de incienso, no le hizo la más remota alusión a las obras que había escrito ni a los sinsabores que le produjo el empeño de aclimatar en Francia las ideas que se atribuían al Rey de Prusia". (3). Aunque socarrón y sarcástico Federico II no quiso burlarse de Guibert.

Hace tiempo que en Europa nadie cree en el orden oblicuo: "Palabra vana, fórmula vacía, en la que observadores miopes creyeron descubrir el secreto de las victorias prusianas". (4). Pero el General Bartolomé Mitre, historiador militar de nuestro mundo hispano americano, se presenta adepto del famoso orden geométrico de batalla, más de medio siglo después de ser cosa anticuada ese curioso error, cuando ya no se puede alegar en abono de su simplicidad ni siquiera la influencia de la moda. A fin de apreciar al celebrado historiador, a la luz de las verdades inconcusas que acabamos de apuntar, copiaremos los juicios que ha formulado de las dos batallas célebres del General San Martín, y empezaremos por la de Maypú: esta batalla—dice Mitre "es un modelo notable, si no perfecto, de un ataque paralelo que se convierte en ataque oblicuo . . . el plan de San Martín no era precisamente el de una batalla de orden oblicuo, y, sin embargo, resultó tal, por el atrevimiento, el arte consumado y la prudencia con que fué conducida. Fué una inspiración del campo de batalla, sugerida por errores del enemigo y peripecias de la acción en el momento decisivo, y esto realza su mérito como combinación táctica. El mismo San Martín jamás se atribuyó otro, y desdeñando con orgullosa modestia adornarse con laureles prestados, únsinúa incidentalmente, que al orden oblicuo se debió en parte la victoria, sin agregar que se debió al uso oportuno que hizo de su reserva, como se verá luego".

También refiere el historiador argentino que al

(3). Almirante, Diccionario Militar, pág. 152. Aparte algunas de sus teorías los trabajos de Guibert fueron útiles; él redactó el reglamento de 1776. Abandonado por sus adeptos, murió en 1790, a los cuarenta y siete años de edad.

(4). J. Revol. Turenne, 247.

leer San Martín el parte de Maipú delante del oficial las Heras, éste le observó: "General, esto que Vd. dice que nuestra línea se inclinaba sobre la derecha del enemigo, presentando un orden oblicuo sobre ese flanco, fué, como Vd. sabe, todo el mérito de la victoria; y puesto así como Vd. lo pone nadie lo va a entender. El General se sonrió y dijo, con eso basta y sobra. Si digo algo más gritarán que quiero compararme con Epaminondas o con Bonaparte. Al grano, las Heras, al grano, hemos amolado a los godos y vamos al Perú. El orden oblicuo nos salió bien, pues adelante aunque nadie sepa lo que fué". (5).

En lo que va copiado Mitre da la medida del valor que puedan tener sus críticas militares. No se necesita más para comprender que desconoce el mecanismo de las batallas, y por tanto sus conclusiones tienen forzosamente que ser erróneas. La cita de Epaminondas corresponde a la conseja, también arbitraria, de suponer al héroe tebano inventor del orden oblicuo.

En la guerra la acción no va dirigida sólo contra la fuerza material, sino también contra la fuerza moral que la anima. Por esta razón es imposible determinar "una fórmula algebraica para el campo de batalla".

Los principios, de los cuales ninguno es absoluto, según Bonaparte, son deducidos de la experiencia, pero apenas sirven de guía, o bien, como opina Clausewitz, dan únicamente al que manda "la conciencia de su fuerza interior". Ciertamente que las ciencias auxiliares del arte de la guerra están sometidas a reglas fijas, e igual cosa ocurre en todo lo que se relaciona con la parte material del arte, pero desde que se penetra en el dominio de los factores morales no basta ya la teoría. En este terreno, "lleno de peligros y de reacciones incesantes", el guerrero sólo sigue la luz de su genio y los impulsos de su valor. (6).

El juicio de Mitre sobre la otra batalla de San Martín revela todavía más a lo vivo, los falsos conceptos del crítico argentino: "El mérito militar de la batalla de Chacabuco, afirma, consiste precisamente en lo contrario de lo que constituye la gloria de las batallas. Re-

(5). Historia del General San Martín, II, 166, 168

(6). Clausewitz. Théorie de la Grande Guerre.

sultado lógico de las hábiles combinaciones estratégicas de la invasión, estaba ganada por el General antes de que los soldados la dieran, respondiendo a un plan metódico en que hasta los días estaban contados y los resultados previstos. Con más precisión táctica que la batalla de Hohelinden, que en algo se le parece, tiene la originalidad de un plan que se adapta a un terreno en que las operaciones se encierran dentro de líneas matemáticas, a la manera de un problema geométrico, con su método riguroso de solución". (7). Este es el concepto común de las personas que no han meditado sobre la guerra o no han nacido para hacerla ni para juzgarla con lucimiento. Véase cuan diferente es la teoría expuesta por el General Moltke en la historia de la guerra Franco Prusiana:

"El plan de campaña presentado por el Jefe de Estado Mayor y aprobado por el Rey, tenía por objeto la conquista de la capital, lo que en Francia es de mayor trascendencia que en otros países. Al ejecutar la marcha hacia aquélla hubo el propósito de cortar las comunicaciones de las tropas enemigas con el Sur, tan rico en recursos, y empujarlas hacia el Norte. Pero ante todo se había decidido atacar al enemigo donde se le encontrara y mantener reunidas las tropas de tal modo que se pudiese contar siempre, para el momento de la batalla, con fuerzas superiores".

"La elección de los medios con los cuales se podía alcanzar este fin, tenía que resolverse en el campo mismo; sólo la marcha de las tropas hasta la frontera estaba ya preparada de antemano, aun en sus menores detalles".

"Es un error creer que se puede determinar previamente un plan de campaña y llevarlo a cabo como se pensó. Al primer encuentro con las fuerzas enemigas, según sea el éxito, cambia el estado de las cosas. Muchas veces puede ejecutarse lo que antes sólo se pudo presumir intentar, y muchas veces es posible hacer lo que antes no se pudo imaginar siquiera. Comprender bien la situación, ordenar para un término fijo lo más adecuado y llevarlo a cabo con decisión, es todo lo que un Jefe de ejército puede hacer".

(7). Mitre. Ob. cit., II, 20.

También ha imaginado el señor Mitre que la batalla de Hohenlinden es obra maestra: ningún análisis de esta batalla es comparable al que ha hecho Bonaparte, el maestro por excelencia. De él tomamos la siguiente síntesis: "La batalla de Hohenlinden fué un encuentro feliz en que se jugó la suerte de la campaña sin combinación alguna Mientras ésta se decidía en los campos de Amphingen y de Hohenlinden, las tres divisiones de Sainte-Suzane y las tres divisiones de Lecourve, es decir, la mitad del ejército, no estaba en el campo de batalla, ¿Para qué tener más tropas que el enemigo cuando no se posee el arte de utilizarlas en las ocasiones decisivas?" (8).

Por lo demás, la obra de Mitre está llena de lugares comunes. El autor carece a menudo de propiedad y en el empeño de presentar la guerra como operación matemática, no observa las causas de muchos acontecimientos. No comprende, por ejemplo, la influencia ejercida en los sucesos de América por la revolución de Riego y la anarquía de España, que durante largo tiempo no sólo paralizó la acción del partido realista, sino produjo desertiones en masa en todas las colonias hacia la causa de la independencia. Y decimos esto porque Mitre atribuye o explica los fenómenos de la revolución del Perú, en que tanto influyeron los acontecimientos de la Península, por la supuesta estrategia matemática del General San Martín.

Bastan algunos ejemplos para demostrar lo asentado: la marcha aislada de Arenales por la sierra del Perú, parece al historiador de una importancia capital, por cuanto "ella determinó el círculo dentro del cual debían rotar las masas puestas en acción, obedeciendo a leyes físicas subordinadas a la naturaleza y configuración del terreno". En Pisco San Martín desarrolla "un plan complicado en que intervenía más que la fuerza la estrategia, en líneas prolongadas" (9).

Sin embargo, el mismo General San Martín, con criterio exacto y opuesto al de su historiador, se expresa así en las instrucciones al General Arenales: "En vano sería dar un plan fijo de operaciones, cuando éstas

(8). Memoires de Napoleón cit., 142 y 143.

(9). Ob. cit., III, 61.

deben dirigirse según las circunstancias, que varían a cada momento". (10).

No queremos decir que en la guerra no puedan establecerse planes. El guerrero y el estadista en cuenta de los factores morales y materiales de una situación dada saben la dirección conveniente y el instante de lanzar sus fuerzas a la lucha. Pero la acción, como se ha indicado, se modifica constantemente, según las circunstancias.

En lo que respecta a Bolívar, el crítico tiene además el defecto de que no ha escrito de buena fé ni ha practicado ningún análisis histórico, a pesar de poseer obras suficientes, como la colección de Documentos para la Vida Pública del Libertador, y el Archivo de Bolívar, publicado con el nombre de Memorias de O'Leary, que, por cierto, no le corresponde. Observamos también que las críticas sobre Bolívar, en general, no son originales, sino copiadas; con inagotable paciencia Mitre ha ido entresacando de los libelos de la época, principalmente de las Memorias de Ducoudray Holstein, oficial inepto y petulante, despedido del ejército de Bolívar, y de obras de historia escritas con descuido, los hechos mal narrados o tergiversados para presentarlos como verdades incontrovertibles.

Al juzgar las operaciones que siguieron a la ocupación de Barinas en 1813, dice el crítico que "el plan no podía ser más vicioso", pues "dividía las fuerzas con la Cordillera por medio". El cargo no es original de Mitre, ni justo. Dividido el enemigo por las fuerzas de Bolívar, Ribas por un lado sólo debía atacar a la columna de González de Fuentes, y luego contener las otras columnas; mientras Girardot, por el otro lado, terminaba la destrucción de Tizcar: el plan era audaz pero seguro: fundábase en el terror infundido al enemigo por triunfos sorprendentes, y en la rapidez de las marchas de los patriotas; y tendía a sacar el máximun de efecto de los éxitos alcanzados. Nadie ha sabido aprovechar mejor que Bolívar la victoria. Aludiendo al estado moral de los contrarios en aquel momento, escribía el Libertador: "las armas vencedoras triunfan por sí mismas". Por lo demás, basta leer la orden dirigida a Ri-

(10). Ob. cit., Apéndice.

bas el 17 de julio de 1813, para convencerse de que este jefe fué quien estableció las dos líneas de operaciones, extendiéndose hasta Barquisimeto y no concurriendo a la concentración en Araure, como se le había ordenado; (11) iniciativa tomada por Ribas en vista de las circunstancias, y con la mira del triunfo glorioso de los Horcones, que obtuvo luego.

Del sitio de Puerto Cabello afirma el crítico: "Si Bolívar, después de ocupar a Valencia, hubiese marchado con su acostumbrada actividad y resolución sobre esta plaza, la habría tomado fácilmente, pues nada había previsto (la plaza) para su defensa y hasta sus fortificaciones estaban desmanteladas. Pero en vez de esto el Libertador atraído por la vanagloria, se dirigió con todo su ejército a Caracas en busca de las embriagantes ovaciones que le esperaban, y dejó tiempo a Monteverde, veinte días, para hacerse inexpugnable, cometiendo el mismo error de San Martín después de Chacabuco, al dar respiro a los enemigos vencidos para fortificarse en Talcahuano". (12).

Este cargo, tomado por Mitre, en lo que se refiere a Bolívar, del historiador realista Torrente, y de Restrepo que lo copia, es injustificable. No existe en la historia, y el mismo Mitre lo reconoce en su obra, caso alguno en que se hayan prolongado más a lo lejos los efectos de la victoria, que en esta campaña de 1813. En ochenta días y disponiendo sólo al comienzo de ella de 600 hombres, Bolívar había conquistado el territorio de Caracas a Cúcuta, de 1.000 kilómetros de largo, medidos a vuelo de pájaro, contra 7. 000 enemigos. Al llegar a Valencia el Libertador encomendó a la división Girardot la persecución de Monteverde, y siguió a marchas forzadas con muy pocas tropas a Caracas, a impedir una reacción de los realistas, destruir las guarniciones y las fuerzas que habían huido a la capital, y aprovechar los enormes recursos de Caracas, equivalentes por lo menos a los de Puerto Cabello. El resultado de la marcha de Bolívar correspondió a todas estas esperanzas: los españoles, aterrados, se disolvieron y los restos de las tropas de Budia y Mármol cortadas en su intento

(11). O'Leary. Doc. XIII, 306, 307.

(12). Mitre. Ob. cit., III, 398.

de marchar al occidente, rindieron las armas en Carayaca, al día siguiente de la ocupación de la capital. Esa misma noche el Libertador envió al oriente desde La Guaira un comisionado—José Francisco Rivodó—a solicitar barcos para el sitio de Puerto Cabello.

Para formar concepto del juicio aventurado por Mitre sobre la situación de esta plaza en el momento de la derrota de Monteverde, anotaremos algunos detalles: la ciudad, amurallada entonces se hallaba en una isla, nombrada Puente Adentro, al Norte tenía el fuerte de San Felipe, edificado en otra isla más pequeña y al Sur el fortín Solano, en un cerro alto; entre el pié de éste y el canal, que separaba la plaza de Tierra Firme, se hallaba el barrio nombrado Puente Afuera, cubierto por varias baterías. Había parque y artillería sobrante. La guarnición consistía en el batallón llamado Veterano, del regimiento de Galicia, 286 hombres; una compañía de Santa Marta y otra de Maracaibo, 118 hombres; los artilleros de las baterías del Príncipe y la Princesa, 78; un cuerpo de españoles y canarios con unos 300 voluntarios; de estos últimos, algunos habían traicionado a Bolívar el año anterior, y otros escaparon de presidio cuando la sublevación del castillo; y seis u ocho compañías de pardos con sus oficiales de color, Flores, Garcés y Vetancourt, muy adictos al rey y veteranos de la colonia, sumaban otros 300 hombres. Agregando a estos 1.082 soldados los 250 a 300 que llevaban de Valencia Monteverde y Geraldino, con día y medio o dos días de ventaja a los patriotas, resultan 1.250 a 1.300 soldados, a quienes bastaba levantar el puente levadizo, tendido sobre el canal, para burlar toda persecución. A este aparato militar agréguese una escuadrilla, anclada en el puerto, compuesta de cuatro naves de guerra, entre ellas los bergantines "El Zeloso" al mando del capitán de Fragata Joaquín María de la Cueva, comandante del apostadero, y "El Godo" a las órdenes de Rafael Quesada, y la goleta "Tránsito" capitaneada por Agustín Zavala.

Las fortificaciones estuvieron siempre en buen estado por lo que Monteverde sólo hizo las reparaciones ordinarias, principalmente a las estacadas del canal. Era gobernador de la plaza el Teniente Coronel Pueyes,

hombre vigilante y valeroso, muerto en el campo de batalla de Carabobo, el 28 de mayo de 1814; desde el mes de junio este gobernador comenzó los acopios de víveres; pero luego, por disposición de Monteverde, suspendió sus preparativos. Es muy curiosa la razón del Capitán General para dar esta orden y no queremos dejar de apuntarla: al principio las noticias del avance de Bolívar fueron cada vez más alarmantes, pero cuando se ejecutaba la maniobra ingeniosa de Barinas, los alcaldes de San Felipe enviaron un parte anunciando la marcha de los patriotas al suroeste como una fuga o un retroceso, y Monteverde dejándose engañar, no quiso dar oídos a los informes más precisos del Gobernador Pueyes y del comandante Geraldino, Gobernador Militar de Valencia. Mas este error no fué irreparable, puesto que en Puerto Cabello existían importantes almacenes de particulares, aparte de que la plaza se abastecía por mar. Pero además de las ventajas anotadas los realistas tenían un motivo poderosísimo para defender a Puerto Cabello a todo trance; y era éste, que desde el mes de julio esperaban de España la expedición del Coronel Salomón con el regimiento de Granada, de 3.000 hombres, según los avisos del Ministerio de la Guerra, aunque luego no vinieron sino 1.200; de modo que Monteverde ofició el 24 de julio desde Caracas, al Gobernador Pueyes, diciéndole que si la expedición recalaba a Puerto Cabello dejase allí la mitad de la fuerza y enviase la otra mitad a La Guaira. (13). Con semejante aliciente y las noticias de las derrotas de los franceses en España que coincidieron con la invasión de Bolívar era imposible el desaliento.

Bolívar conocía la plaza, e impuesto en Valencia de todo lo que antecede, escribió a la comisión militar del Congreso de la Nueva Granada, el mismo día de su llegada, 2 de agosto: "En Puerto Cabello tendremos algunos choques mientras dura el sitio que debe rendir aquella plaza", y prefirió ocupar los Valles de Aragua,

(13). Informe del Ayudante de la plaza, Juan C. Campos. Memorial de Fausto Garcés al Rey, solicitando una pensión. Archivo Nacional, Capitanía General, Julio a Diciembre 1813. La expedición al mando del Coronel Salomón no llegó hasta el 15 de Septiembre.

y arrojarle sobre Caracas y La Guaira, donde obtuvo inmensas ventajas, a llevar todo el ejército a Puerto Cabello; y lejos de desatender a esta fortaleza, sin perder momentos, destacó con parte de su división, como va dicho, nada menos que al insigne Girardot, a quien había entregado el ejército en Barinas, y la suerte de la campaña para la persecución de Tizcar; pero el denodado Girardot sólo pudo recoger dispersos, y cuando llegó cerca de la plaza se limitó a ponerle asedio: no se podía hacer más. (14).

Analizando un caso análogo de la memorable campaña de Italia, ha escrito Bonaparte: "Si el ejército francés, después de la batalla de Lodi, hubiera marchado sobre Mantua, habría encontrado a esta plaza sin vituallas, désarmada, y la habría tomado. Esta congettura es muy arriesgada: en pocos días el ejército había conquistado toda la Lombardia; era necesario detenerse para formar el bloqueo de las fortalezas, ocupar puntos importantes y organizar la administración. Lo que los franceses hicieron en esta circunstancia es el máximun de lo que se puede exigir de rapidez y actividad; querer algo más es pedir lo imposible. Durante los seis días que el ejército francés se detuvo en Lombardia duplicó sus recursos, aumentó el material de artillería, las remontas de su caballería y recogió los rezagados dejados atrás por las marchas forzadas". (15).

De la entrada en Caracas la fantasía y la malignidad han forjado leyendas que es necesario desvirtuar. He aquí lo cierto. La ciudad, aterrada bajo el gobierno de Monteverde, fué presa de la anarquía desde la sali-

(14). La opinión del oidor Heredia, inexperto en asuntos de guerra, no puede tomarse en cuenta. El terror a los soldados de Geraldino, que pedían las cabezas de los criollos blancos, y la enemistad a Monteverde, le hacían ver la situación peor de lo que era en realidad. En la campaña de 1821 se presentó a Bolívar una situación idéntica y la resolvió del mismo modo, marchando sobre Caracas. Es cierto que La Torre disponía de más tropas que Monteverde, pero el ejército de Bolívar en 1821 también era superior en la misma proporción al de 1813. En esta vez Mitre no adoptó la crítica de José Domingo Díaz. El caso es raro.

(15). Memorias de Napoleón, 780. Edición de París, 1862.

da de los realistas el 4 de agosto hasta la llegada de Bolívar en la mañana del 7. Las turbas saquearon algunos almacenes y los puestos de guardia, cometieron asesinatos, y recorrieron las calles disparando fusilazos. El conocido patriota Paúl, designado gobernador por Fierro, en el momento de la fuga, no pudo contener el desorden. (16). Bolívar apresuró la marcha y con un grupo de oficiales y ginetes entró a caballo en la ciudad, a toda carrera. Luego que se desmontó en su casa de Las Gradillas, se abrieron las puertas, los ciudadanos se agolparon a victorearlo, y unas jóvenes le presentaron coronas de flores. El venenoso Ducoudray Holstein, en su obra llena de falsedades, describe la entrada de Bolívar en un carro tirado por lindas muchachas, invención desgraciadamente creída y adoptada por el historiador Mancini. Otros autores, como Restrepo y Larrazábal, ponderan la descripción de la "Gaceta de Caracas", que copiamos textualmente a continuación: "¡Qué espectáculo tan grandioso y magnífico, dice este periódico, y al mismo tiempo tan tierno e interesante, presenta la entrada del General Bolívar en su patria, verificada el día 7 del presente mes! ¡Que se considere al héroe caraqueño en medio de un concurso de más de 30.000 almas, recibiendo los homenajes sinceros de todo un pueblo a quien acaba de libertar, manifestados por la más tierna sensibilidad, y expresados por las aclamaciones repetidas de *Viva nuestro Libertador. Viva la Nueva Granada. Viva el Libertador de Venezuela.* Una tropa de hermosísimas y brillantes jóvenes, vestidas de blanco, y con coronas de laurel y de flores en las manos, corren en medio del tumulto, y tomando la brida a su caballo, le ven echar pié a tierra para agobiarlo con el peso de coronas tan bien merecidas y para hacer derramar las más dulces lágrimas a todo un pueblo

(16). Véase la carta de Fierro a Monteverde, Curazao, 11 de Agosto de 1813, publicada por Landaeta Rosales en "El Monitor Liberal", No. 87, 1989; da noticias de la salida de los españoles y de los primeros desórdenes.



que contemplaba este cuadro interesante lleno de admiración y de ternura". (17).

De la batalla de Araure escribe Mitre: "Bolívar, a pesar de este contraste (la destrucción del cuerpo de Manrique) avanzó denonadadamente y formó su línea sobre el campo marcado por los cadáveres de su vanguardia. Roto el fuego y después de cambiar algunas descargas, mandó a cargar a la bayoneta; era su manobra favorita. No era un general táctico: daba el impulso a las masas y encomendaba la victoria al valor de los soldados". (18). De las relaciones de esta batalla, todas imperfectas a la verdad, Mitre escoge la más pobre, y casi reduce la acción a una carga a la bayoneta, cuando ésta no tuvo efecto sino al final de la lucha y después de otros actos importantes que facilitaron dicha operación.

Hagamos una corta historia de los sucesos: el pueblo de Venezuela enardecido, con las noticias favorables de la guerra de España, y obedeciendo a poderosas fuerzas políticas y sociales, se ha pronunciado por el Rey; en todas partes se levantan ejércitos y partidas contra los independientes; Bolívar concentra rápidamente las fuerzas disponibles y presenta 5.000 hombres a los 7.000 soldados del enemigo; tenía éste más caballería que infantería, y el ejército patriota iguales partes de caballos e infantes. El terreno es una llanura despejada; los enemigos tienen un bosque a la espalda. El excesivo ardor, o mala fortuna, del arrogante jefe de nuestra vanguardia priva a Bolívar de una porción de sus tropas; sobre la marcha forma el ejército en tres líneas, la primera de infantería y las otras dos de caballería; la última de éstas, constituida por escuadrones escogidos, recibe orden de acuchillar a los que se aparten de la formación. "El Libertador—dice un testigo presencial—recorrió la línea bajo el fuego de la artillería, dirigiendo a los cuerpos aquellas

(17). "Gaceta de Caracas" No. 10. del jueves 26 de agto. 1813. La Gaceta señala equivocadamente el día 3 como fecha de la entrada.

(18). Ob. cit. III, 413.

palabras de fuego con que sabía inflamar el pecho de los guerreros". (19). Empéñase el combate en toda la línea y dos pelotones de caballería apoyados por una parte de la infantería arrebatan al enemigo a lanza y bayoneta parte de sus cañones; el ala izquierda española, compuesta de caballería llanera, se adelanta para envolver por la derecha a la primera línea republicana, que ha avanzado algunos pasos haciendo fuego; Bolívar lanza la segunda línea de jinetes contra los llaneros realistas, y como en la lucha los nuestros llevan la peor parte, corre, se pone al frente de la reserva, y con ella carga sobre la cabeza de la poderosa columna enemiga, mientras la segunda línea vuelve al ataque sobre el flanco de los contrarios; éstos ceden y desaparecen del campo; en ese momento la infantería enemiga en el centro de la línea, viéndose sin apoyo, se desorganiza; Bolívar ordena la carga general a la bayoneta, y los infantes enemigos son lanzados de su posición. Todavía se verifican otros actos; la destrucción de la derecha enemiga a las órdenes de Yáñez, el temido *Ñañá* de los llaneros de Apure, primero en el propio campo de batalla y luego algo más lejos, en la sabana inmediata del río Guache, donde el terrible isleño trató de rehacer a los suyos. La persecución se hace con el vigor característico de las persecuciones de Bolívar, hasta el extremo de adelantarse el mismo Libertador a los fugitivos, y aprisionar los restos enemigos, en la noche del mismo día, a 30 kilómetros de distancia, en el pueblo de la Aparición de la Corteza: los jefes españoles escapan solos.

Al amanecer del día siguiente tuvo lugar en este pueblo de la Virgen de la Aparición una escena conmovedora: el Libertador devolvió su honra al batallón SIN NOMBRE, compuesto por tropas derrotadas unos días antes en Barquisimeto, diciéndole estas palabras: "Soldados: vuestro valor ha ganado ayer en el campo de batalla un nombre para vuestro cueto, y aún en medio del fuego, cuando os ví triunfar, le proclamé el batallón VENCEDOR DE ARAURE. Habéis quitado al enemigo banderas que un momento fueron victoriosas, se ha ganado la famosa llamada INVENCIBLE DE

(19). José Austria, Historia Militar de Venezuela, I, pág. 241.



• Batalla de Ayacucho. El Libertador carga con la caballería de la reserva.

NUMANCIA. Llevad soldados esta bandera de la República. Yo estoy seguro que la seguiréis siempre con gloria". (20).

¿Por qué dice Mitre que quien dirige semejante batalla no era táctico? No era táctico seguramente al modo de Guibert y de Mitre.

Napoleón escribe: "¿Qué frente y qué profundidad debe tener un ejército en batalla? ¿dónde se colocan la caballería, la artillería y los furgones? ¿debe el ejército situarse en muchas líneas y qué distancia han de guardar éstas entre sí? ¿la caballería se forma detrás de la infantería o sobre sus alas? ¿debe ponerse en acción desde el principio de la batalla toda la artillería? La solución de estas cuestiones depende de las circunstancias, es decir, de la configuración del terreno, de la posición que ocupa el enemigo, de la proporción de las armas, de la relación entre los dos ejércitos, de su moral, del carácter del jefe enemigo y de los propósitos que se abriguen . . . No se puede prescribir nada absoluto. No existe orden natural de batalla". (21).

Federico II establece estos principios: "El arte de distribuir las tropas sobre el terreno para dar una batalla consiste en colocarlas de manera que puedan obrar libremente, y ser útiles en todo momento. La caballería se sitúa a veces en segunda línea. En las llanuras conviene tener una reserva de caballería". (22).

La tercera línea, escribe un autor moderno de clarísimo talento, la destinaba Turenne "para arrancar definitivamente el éxito o para restablecer el combate; constaba generalmente de algunos escuadrones escogidos: en la batalla de las Dunas la formaron los cuatro escuadrones del Marqués de Richelieu". (23).

La formación de Bolívar en Araure está de acuerdo con estos preceptos: empeñada la lucha, el Libertador espera que el enemigo desarrolle sus proyectos, siguiendo el método que ha sintetizado Napoleón en esta frase

(20). "Boletín del Ejército Libertador" No. 26. En los boletines se disminuye el efectivo de los ejércitos,

(21). Memorias, 363.

(22). Frederic II, Instructions Militaires pour ses Généraux, 157 y 158. Potsdam 1805. 6a. edición.

(23). J. Revol. Turenne, 250. Paris, 1910.

lapidaria: "On s'engage partout, puis on voit" (24), y cuando aquél pone de manifiesto su plan, lanza su segunda y tercera líneas contra la poderosa columna de caballería, que pretendía envolver a la infantería patriota. Los caballos enemigos desaparecen, carga la infantería a la bayoneta, y se gana la batalla. La persecución, como se ha dicho, la ejecuta Bolívar en persona con la última celeridad y vigor: después de todo un día de matanza y trabajo, en que ha permanecido 21 horas a caballo, en medio de los horrores de la guerra a muerte, se apodera de los restos del ejército enemigo, a las 11 de la noche, a una jornada del campo de batalla: "Sólo héroes tales como Carlos XII, Marlborough, Eugenio y Federico II, dice el eminente Clausewitz, son capaces de agregar a los efectos de una victoria ya decisiva por sí misma, los insuperables de una persecución enérgica, mientras que la masa de generales comunes se contenta con la posesión del campo de batalla". (25).

Basta con las citas mencionadas para formar juicio exacto de la batalla de Araure; pero como la materia es de importancia, no está demás presentar otra autoridad incontestable. Las líneas que siguen tomadas de "*Les Reveries ou Memoires sur l'Art de la Guerre*, del genial Mariscal de Sajonia, en el capítulo titulado "Cualidades que debe tener un general de ejército", parecen escritas para Bolívar y la batalla de Araure; ellas solas son la refutación más completa de la crítica del señor Mitre: "Para que un general pueda verlo todo, en un día de batalla, es necesario que no tenga que preocuparse de nada. El examen del terreno y la distribución de las tropas deben ser prontas como el vuelo del águila, y las órdenes cortas y sencillas; basta que diga: la primera línea atacará, la segunda sostendrá el ataque . . . Lo demás, las evoluciones que debe ejecutar cada cuerpo embargarían al general y su ejecución pertenece a los subalternos. El que manda, atento a todo, si las cosas no marchan bien en algún punto, debe correr, tomar las primeras tropas que encuentre a su alcance, y prodigar con ellas su persona. Es así como

(24). Citada por Revol, Turenne, 264.

(25). *Téorie de la Grande Guerre*, I, 180, 181. Paris, 1886.

se gana y se deciden batallas. Yo no digo dónde, ni cómo se procede en estos casos; el terreno y la situación creada por el combate deben demostrarlo; el arte consiste en saber mirar y saber aprovechar, Eugenio de Saboya, poseía a la perfección esta parte, la más sublime del oficio”.

Pero ya que Mitre quería hallar evoluciones en Araure, ha podido tomar nota de las ejecutadas para formar al ejército en batalla, bajo el fuego de la artillería enemiga, y para avanzar la infantería al són de canciones patrióticas, haciendo fuego; esta última evolución la ha descrito el mayor general Urdaneta: “La primera línea de batalla—dice este prócer— se movía de frente, y cuando se desordenaba se hacía alto y se rehacía. Así se anduvo hasta tiro de pistola”. (26). Evoluciones que arrancaron al realista Heredia, siempre empeñado en rebajar a Bolívar y al ejército patriota, esta confesión: “los oficiales españoles más instruidos me aseguraron que los insurgentes habían hecho prodigios de valor, y maniobraban con tal serenidad y bizarría como las tropas europeas más aguerridas” (27). El detalle que refiere Urdaneta en la marcha cadenciosa de la infantería no es prueba de indisciplina, pues el mismo vizconde de Turenne observa: “Un cuerpo de ejército que marcha en batalla, bajo el fuego, no puede hacerlo sino a cierto paso regulado, y a menudo es preciso que esperen unos a otros un tanto, para conservarlo”. (28).

No ha sido Mitre el primero en censurar a Bolívar, desde el punto de vista militar. Una vez iniciada la carrera luminosa del Libertador brotaron émulos y censores. El infortunado coronel Castillo, hombre de instrucción militar, pero sin capacidad de guerrero, ofuscado por las ideas centelleantes del héroe, se declaró su enemigo y cuando gobernó a Cartagena, en 1814 y 1815, hizo publicar varios libelos contra el odiado rival; y en uno de estos libelos se halla el siguiente cargo: “7o. Diferentes veces se le oyó decir que la táctica mi-

(26). Urdaneta, Memorias, 60, Caracas, 1888.

(27). Memorias sobre las Revoluciones de Venezuela, París, 1895. Pág. 177.

(28). Memoires du Viconte de Turenne, Paris, 1857,

litar era excusada y cuanto se había escrito sobre el arte de la guerra puerilidades y quimeras” (29). La calumnia con frecuencia se funda en algo cierto. Bolívar desdeñaba a los oficiales que intentaban oponer principios mal comprendidos a sus vastos proyectos, y censuraba a los oficiales sistemáticos al estilo de Guibert. Su pensamiento, vaciado en la enorme correspondencia militar contenida en los *Copiadores de la Secretaría*, corresponde a estos conceptos de Bonaparte: “Los generales en jefe deben guiarse por su propia experiencia o por su genio. La táctica, las evoluciones, la ciencia del ingeniero y de la artillería pueden aprenderse en tratados, más o menos como la geometría; pero el conocimiento de las partes elevadas de la guerra no se adquiere sino por la experiencia y por el estudio de las guerras y de las batallas de los grandes capitanes. ¿Acaso se aprende en la gramática a componer un canto de la Iliada o una tragedia de Corneille?” (30).

Parecerían imposibles las críticas absurdas hechas a Bolívar si no supiésemos de otros extravíos semejantes. Basta una sola cita como ejemplo: un tal Rustow, tratadista militar de cierta celebridad escribió lo siguiente: “¡Cuán poco se debió la victoria de Rivoli al plan de batalla de Bonaparte! ¡Cuánto más a la fortuna, por no decir al azar! En Bassano vemos a Bonaparte combatir más descosido aún que Alvinzi, su contrario, y, como era natural, la victoria se le escapa, lo mismo que en Caldiero. En Marengo . . . toma falsas disposiciones. . . en Arcole la ejecución táctica deja mucho que desear”. (31). Parece que la obra de este autor por las afirmaciones rotundas y sus críticas de clisé, fuera uno de los libros de consulta de Mitre.

(29). J. V. González, en la Biografía de José Félix Ribas, reproduce este libelo como acusación dirigida al Congreso de Tunja por un grupo de patriotas después de los desastres de 1814, pero el distinguido historiador M. S. Sánchez ha probado el origen anónimo del escrito copiado por González de la “Gaceta de Caracas”. Véase el trabajo del señor Sánchez en “El Universal” No. 2461 del 9 de abril de 1916.

(30). *Memoires de Napoleón*, 388.

(31). Art. Mil, en el Siglo XIX, 1o. 259, Traduc. de Larclause.

De la primera batalla de Carabobo escribe el historiador argentino: "Después de algunas peripecias y alternativos conatos de orden oblicuo por una y otra parte, la victoria se decidió por las armas del Libertador". Es inexacto: Bolívar jamás pensó en tal orden oblicuo. Once días antes de la batalla se avistaron los dos ejércitos en el terreno casi plano de Tocuyito: próximos a irse a las manos los contendientes sobrevino una lluvia torrencial, "que obligó a los republicanos a hacer una conversión en el orden de batalla, apoyándose en el bosquecillo del río del mismo nombre (Guataparó), de manera que sin pensarlo, quedaron los dos ejércitos formando un martillo, casi tocando la cabeza del uno con la izquierda del otro" (32). El motivo de esta conversión fué que los patriotas se encontraron con los fusiles mojados, por carecer las tropas de medios de cubrirlos. En semejantes condiciones no se quiso dar batalla a un enemigo superior en caballería. Esta sencilla operación es la que Mitre llama *conato de orden oblicuo!*

Cagigal se replegó al Sur y la batalla tuvo efecto muchos días después, el 28 de mayo; vencedor Bolívar, persiguió por espacio de algunas leguas al enemigo y luego destacó a Urdaneta con 700 hombres tras los restos del ejército vencido, e hizo marchar al ejército patriota hacia la Villa de Cura, con el fin de contener a Bovés. Mitre escribe: "El Libertador, tan determinado a veces, como Cevallos era tardio en sus resoluciones, como general no tenía cabeza estratégica; en vez de condensar sus masas y marchar atrevidamente a sofocar la reacción en los Llanos con probabilidades de éxito, aprovechando el prestigio de su victoria, desprendió a Mariño con un cuerpo de ejército de 2.300 hombres de las tres armas, para hacer frente a Bovés, que avanzaba a la cabeza de un numeroso ejército de 4.000 a 5.000 jinetes y de 2.000 a 3.000 infantes, bien pertrechados y municionados con los recursos obtenidos de Guayana. Desparramó el resto de su fuerza haciendo que dos divisiones, una de 700 infantes, al mando de Urdaneta, se dirigiese hacia Occidente, y otra de 400 infantes y 700 jinetes, a las órdenes de Jalón,

(32). Memorias de Urdaneta, 105.

marchase en persecución de Cagigal y de Cevallos, alejándolas así del teatro de las operaciones, donde estaba el verdadero peligro". (33).

En cada una de estas líneas hay un error; Bolívar hizo la persecución en un trayecto de pocas leguas, y como los fugitivos desde el mismo campo de batalla se dividieron en dos grupos, lanzó dos divisiones tras ellos: la de Urdaneta y la de Jalón; la primera continuó la persecución hacia San Carlos y la segunda sólo hasta El Pao. Urdaneta con sus 700 hombres tenía la misión de alejar a los 2.000 o 3.000 soldados que restaban a Cagigal: y como el territorio patriota estaba exhausto, y las poblaciones perecían de hambre, aquel jefe patriota debía recoger y enviar ganados, porque era tal la miseria, que se vivía de las raíces arrancadas en los conucos y de algunos granos que producían las orillas de la laguna; y para tomarlos "era preciso enviar tropas a batirse con las infinitas partidas que plagaban el territorio". (34). Jalón, después de seguir al enemigo hasta El Pao, recibió el encargo de recoger noticias poniéndose en contacto con las numerosas facciones que apoyaban a Boves, por la izquierda de este caudillo, y de regresar rápidamente a unirse con Mariño para hacer frente a Boves en la garganta de la Puerta; así se ejecutó. No hubo, pues, diseminación de fuerzas.

Un ejército acosado por varios ejércitos a la vez no puede contenerlos a todos a un tiempo. En tal extremo sólo queda el recurso de oponer cuerpos menores frente a los enemigos menos temibles, y llevar el ejército principal contra el enemigo que amenaza más de cerca; tal fué el sistema de Bolívar en esta campaña durante once meses de lucha casi incesante. Para que se aprecie la situación desesperada del Libertador de Venezuela y cuán lejos estuvo de diseminar sus fuerzas vo-

(33). Ob. cit. III, 436. Las contradicciones en que incurre Mitre a cada paso están fuera de toda calificación. Bolívar "no era táctico", ni "tenía cabeza estratégica"; sin embargo, en otras ocasiones lo llama genio militar de primer orden. Si no fuera el prestigio de que goza en la América española, por sus méritos de ciudadano y de gobernante este ilustre Presidente de la Argentina, no valdría la pena de rebatir sus críticas.

(34). Memorias de Urdaneta, pág. 104.

luntariamente, léanse las siguientes palabras dirigidas a la Municipalidad de Barinas, desde Valencia, el 16 de diciembre pocos días después de la batalla de Araure: “Si ahora pudimos derrotar a Cevallos y Yáñez, fué el resultado de esfuerzos extraordinarios que no podrán hacerse siempre. Para reunir la fuerza armada que llevamos a Araure dejamos descubierto y en el mayor riesgo al resto del territorio. Los enemigos no aprovecharon esta ocasión pero al menos habrán conocido su error y se habrán propuesto obrar con más actividad y mejor guiados en el porvenir”.

Bolívar ignoraba en ese momento que Boves sí había aprovechado la ocasión triunfando de Aldao, en el Guárico, el 14 de diciembre, noticia que no llegó al cuartel general sino después de escritas las líneas que anteceden. Ellas prueban que el Libertador tenía idea clara y perfecta de la situación. (35).

En la historia existen infinidad de ejemplos de caudillos luchando contra fuerzas abrumadoras: Federico II en muchos períodos de la guerra de siete años y Bonaparte en 1814 y 1815, son los más brillantes y conocidos. Federico se salvó por el cambio de política de Rusia; Bonaparte y Bolívar fracasaron, por cierto casi a un mismo tiempo, porque ningún factor vino a equilibrar las fuerzas en lucha.

Después de la batalla de Carabobo razones poderosas se oponían a la marcha de los patriotas al Llano, indicada por Mitre. En primer lugar la estación lluviosa, funesta a la infantería en las llanuras, había comenzado con fuerza inusitada. La disenteria azotaba al ejército, principalmente a las tropas de Oriente. (36). Dadas las pasiones de aquel tremendo momento de la guerra a muerte, el ejército libertador no podía abandonar el territorio libre—el cuadrilátero comprendido entre Caracas, Puerto Cabello, Valencia y Villa de Cura—sin provocar un resurgimiento general de las facciones, capaces por sí solas de volcar la república, y des-

(35). Desgraciadamente no existen sino escasos documentos publicados sobre el período de Taguanes a la Puerta, pero hemos llenado en gran parte este vacío recogiendo documentos inéditos en los Archivos Nacionales y particulares.

(36). Memorias inéditas de José Tadeo Monagas.

truir la línea sitiadora de Puerto Cabello. Boves venía avanzando con su numerosa caballería, y era mucho menos temible en el terreno quebrado de la garganta de la Puerta que en las llanuras de Calabozo. Combatiendo Bolívar con fuerzas inferiores, y contra la opinión, le convenía en general la forma defensiva, sistema seguido casi constantemente desde la batalla de Bárbula. La acción además no puede ser continua en la guerra. A cada período de actividad corresponde un receso necesario, más o menos largo, según la magnitud de los esfuerzos realizados. Bolívar dió a las guerras de Venezuela y Nueva Granada actividad inusitada, alcanzando la lucha bajo su mando el máximo de energía posible.

En el relato de las campañas posteriores Mitre repite los mismos juicios reveladores de su desconocimiento de las localidades y de los hechos. Por ejemplo, considera que en junio de 1816, Bolívar no debió detenerse en Carúpano, como lo hizo ex profeso, a fin de atraer la atención de los enemigos mientras Mariño y Piar levantaban gente en las costas del Golfo Triste y en Maturín, sino "reunirse a los guerrilleros de Oriente, que sólo necesitaba un jefe". Imbuído el crítico en sus prejuicios, no percibe las operaciones más delicadas, como esta que consideramos, gracias a la cual, los patriotas del interior tuvieron respiro y multiplicaron sus fuerzas: en cambio, el plan indicado por el crítico no era practicable, porque no había trasportes para el parque, ni éste se podía dejar en manos de corsarios; las guerrillas vagaban por los bosques y llanuras, a largas distancias, y si el Libertador se hubiera internado en territorio de Cumaná, las fuerzas enemigas superiores en número, lo hubieran destruído y aun capturado.

Otro cargo de Mitre al Libertador es no haber seguido el plan, discutido en Haití por algunos patriotas, de invadir directamente la Guayana. Esto tampoco era posible en aquel momento, porque no se puede invadir una provincia totalmente enemiga con un puñado de hombres, sino con fuerzas respetables para conquistarla: Guayana estaba cubierta por una escuadrilla numerosa en el Orinoco y dos plazas fortificadas.

Más adelante, hallándose Bolívar en Barcelona, lejos de oponerse a la conquista de Guayana, invadida ya por el ejército de Ocumare, ordena a la escuadra entrar en el Orinoco, porque siempre parte del principio de que sin dominar el río no se rendirán las plazas fuertes situadas en sus orillas, que podían abastecerse del Apure y las colonias extranjeras. Esta es la idea fundamental de Bolívar sobre la campaña de Guayana, idea genial que no han tenido en cuenta los críticos ni los historiadores, a pesar de hallarse claramente expresada en infinidad de documentos. Los corsarios, necesitando presas para sostener su escuadra, se niegan esta vez a cumplir la orden; poco después va Bolívar a Guayana; hasta entonces los triunfos de Piar habían sido ineficaces para la rendición de las ciudades. Las dos plazas fuertes de Angostura y Guayana la Vieja sostenidas por la escuadra realista, no vinieron a rendirse sino tres meses después de la batalla de San Félix, cuando Bolívar logró que la escuadrilla de Brión penetrase en el Orinoco y batiese los barcos realistas. Este fué un golpe fulminante.

Un caso análogo nos ofrece la historia militar de Europa: en el sitio de Tolón, los generales franceses habían agotado todos los recursos atacando de frente las fortificaciones de la ciudad. El joven Bonaparte, comandante de artillería, sostenía que todo esfuerzo sería inútil mientras no se hiciese alejar la escuadra inglesa anclada en el puerto. Nadie reconocía la exactitud de sus ideas. Por fin, un tercer general en jefe, el anciano y perito Dugonmier, lo autorizó a realizar su proyecto. Bonaparte ocupó unas alturas convenientemente situadas y emplazó en ellas artillería de grueso calibre. La escuadra enemiga, al verse dominada por el fuego de los cañones, levó anclas y Tolón se rindió incontinentemente. Todo fué obra de pocas horas.

Muchas otras rectificaciones pudieran hacerse a las narraciones de Ocumare, conquista de Guayana, campañas del Llano, Boyacá, segunda batalla de Carabobo, y a las posteriores campañas del Ecuador y del Perú, pero basta con las que se han señalado para los fines de este escrito.

Después del fracaso de Ocumare escribía Bolívar a Arismendi: "Necesitaría un volumen para asignar

las causas que han promovido esta expedición, y las circunstancias inevitables que han producido sus funestos efectos". (37). Al crítico, en general, se le escapan multitud de hechos pequeños y causas secundarias, perdidos para la historia o vagamente narrados en las relaciones de los contemporáneos, pero que todos influyeron en los sucesos, y, por tanto, "estuvieron en la mente del que ejercía el mando". (38). Por estas circunstancias es sumamente difícil situarse en el mismo punto de vista que ocupaba quien dirigía una operación. Si a esta dificultad, común a los que emprenden la tarea de reconstruir hechos pasados, se añade el desconocimiento del estado de alma de las poblaciones, de las condiciones del terreno, y la ausencia de sentido histórico, se explican las falsas apreciaciones de Mitre, sin que haya necesidad de aludir a otras cualidades de que carecía el historiador argentino para hacer obra de crítica militar, verídica y duradera.

(37). Briceño, Historia de la Isla de Margarita. Notas, páginas 16 y 17.

(38). Clausewitz, Ob. cit., capítulo "La Crítica".

VICENTE LECUNA



Reg. 3818

Clas. V-M.

C-1

Alt. 22



